

más valiente pincel, cuando se trata de un ideal de belleza concebido en la mente del Altísimo? Enmudezca, pues, la criatura y adore la omnipotencia del Criador: calle la lengua, y entone un himno el corazón para alabar en María á la adorable Trinidad, *cui sit honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.*

SEGUNDO PANEGÍRICO DE LA VIRGEN
INMACULADA, PATRONA DE LAS HIJAS
DE MARÍA

(predicado en la iglesia de San Ignacio, Bogotá, 1897).

Modestia virginal de María.

Finis modestiæ... divitiæ, et gloria, et vita.
Tesoros de gloria y de vida son el fruto de
la modestia.

Prov. 22, 4.

1. Habréis admirado sin duda, carísimos oyentes, en los innumerables lienzos y estatuas que representan á María en el misterio de su Concepción inmaculada, los esfuerzos prodigiosos y dignísimos de encomio, hechos en todo tiempo por el arte cristiano para acertar con la verdadera expresión de la belleza indescriptible de la Virgen sin mancilla. ¿Qué no ha hecho el pincel divino de un *Murillo*, de un *Velásquez*, por no citar mil otros renombrados artistas? y ¿qué, el cincel de valientes estatuarios, como el autor de esa imagen que veneráis¹, para darnos un trasunto de aquel sublime ideal que, iluminando su poderosa fantasía é inflamando su corazón, no llega nunca sin embargo á producirse como es, ni por medio de líneas y colores, ni por las formas plásticas estampadas en el mármol ó en el bronce?

¹ Flotats, artista español.

Á pesar de esa impotencia del arte, que es preciso confesar, poseemos obras clásicas de escultura y pintura en las que podemos extasiarnos, ó más bien apacentar nuestra piedad, contemplando, ya que no sea la expresión completa y acabada, siquiera algún rasgo de aquella hermosura, verdadera obra maestra del Artífice soberano. Y ¿sabéis cuál de esos rasgos ó destellos de belleza sastiface más, en mi humilde concepto, al gusto estético cristiano? No os sorprenda mi afirmación, que espero será también la vuestra, á poco que lo consideréis. El rasgo más apropiado para pintar la Inmaculada Concepción es la virginal modestia. No señalo precisamente como tal la inclinación de ojos y cabeza hacia el suelo, ni cierto aire de timidez ó encogimiento, que, por otra parte, sienta muy bien á la doncella sobrecogida con la presencia del Ángel, por quien le fué dicho: *No temas, María*¹; hablo de la compostura general del cuerpo, de la actitud del rostro y manos y de toda la persona, perfectamente armónica con los sentimientos de la Purísima Virgen en el instante mismo de su primera animación; hablo de esa modestia que corresponde á Aquélla á quien el mismo Gabriel dijo: *Has hallado gracia delante del Señor*². Y ¿la habrá hallado menor delante de los hombres? Pues, si así es, recordad la sentencia del Espíritu Santo: *Falaz y mentirosa es la gracia de la criatura, y su belleza es vana: sólo la mujer temerosa de Dios merece ser alabada*³. Luego el encanto de María, su gracia verdadera, es la gracia de la mujer por excelencia santa; y esa es la que resalta á nuestros ojos por el rasgo característico de la modestia.

¹ Luc. 1, 30.

² Ibid.

³ Prov. 31, 30.

2. Para creerlo así me fundo, amados fieles, en el sentido común de la Iglesia basado en las enseñanzas apostólicas. En efecto ¿no es, según ellas, la modestia el ornamento principal de la mujer cristiana en todos los estados, pero señaladamente en el de la virginidad? Escuchad al Príncipe de los apóstoles, al maestro supremo de la religión y la moral, que escribe en su primera epístola: «Haciéndose dignas de todo respeto las mujeres por la pureza de su conducta, no sean en lo exterior aficionadas al peinado curioso, á la ostentación de preciosas joyas, al lujo de los trajes; antes pongan su esmero en la compostura del corazón, en la incorruptibilidad de un espíritu apacible y modesto, en parecer ricas delante de Dios. Así lo practicaron aquellas santas mujeres, como Sara, sin desdeñar el ornato conveniente; y así deben hacerlo las que se precian de hijas de aquéllas por la fe.»¹ Tales son las instrucciones del Apóstol San Pedro, en todo conformes con las del Apóstol de las Gentes. De ellas aparece bien claro cuál sea el elemento principal de la belleza en que debe cifrar su gloria la mujer cristiana: *In incorruptibilitate spiritus modesti*. Y ¿no será con infinita más razón ese mismo el rasgo distintivo de la belleza sobreeminente de la *mujer* modelo, de la Madre Virgen, de María inmaculada?

3. Ved aquí, pues, piadosas Hijas de Nuestra Señora de Lourdes, el punto de vista desde donde debéis admirar el día de hoy la hermosura de nuestra Madre y Señora, porque, como intento demostraros, la modestia de María realza en primer lugar su misma incomparable hermosura corporal, y en segundo, nos hace

¹ 1 Petr. 3, 2 sqq.

entrever la superior belleza de su espíritu. Saludémosla toda hermosa ó, lo que es igual, llena de gracia. *Ave María*.

I.

4. No pretendo, amados oyentes, confundir la belleza física con la modestia, afirmando que ésta es el constitutivo de aquélla. No por cierto, porque no puede confundirse lo moral con lo físico. La belleza de los cuerpos tiene sus elementos corpóreos, de cuyo concurso resulta naturalmente: la modestia es una bella disposición del espíritu, que, como todas las afecciones de éste, se transparenta en la misma organización corporal informada por el espíritu que la vivifica¹. Digo sí que la modestia completa y realza la hermosura corporal de la humana criatura, y, por ende, es el mayor encanto del rostro celestial de la Virgen María. No podréis dejar de convenir en ello vosotras mismas, Hijas de María, si reflexionáis en la nativa índole de la belleza corpórea que corresponde al ser humano. Es la belleza de un cuerpo, sí, pero de un cuerpo animado por alma racional. Por más que tratemos de ver en las mejillas de la virgen el puro carmín de la rosa, y en su frente el albo candor de la azucena, y en el brillo de sus ojos el centellar de las estrellas, ¡oh! no es la hermosura de las flores y de los luceros del cielo la que resplandece en el noble rostro humano: aquélla es demasiado pálida é imperfecta para que pueda compararse con el fulgor de la humana belleza, no digo la moral, pero ni aun la física. Y ¿sabéis por qué? Porque la escala de la belleza es la misma que la de la perfección; y, así como la materia inanimada, por más

¹ S. August., In Io. tract. 26.

que se revista de brillantes colores y espléndidas formas, queda siempre muy atrás de la perfección de los seres vivientes, y la de éstos dista todavía infinitos grados de la perfección propia del hombre, así también sucede en la graduación de la hermosura. Formemos de ésta, hermanos míos, un concepto digno y elevado, tal como resulta, no de la baja escuela materialista, tan funesta para el arte como para la moral, sino de la sublime doctrina espiritualista cristiana, y entonces fácilmente comprenderemos que la hermosura corpórea del hombre lleva un sello peculiar, el sello de lo humano. Las perfecciones materiales que concurren á formarla, no deben valuarse por sí mismas, sino en relación con la perfección suprasensible del alma racional que le da vida, debiendo aquéllas conservar siempre su natural subordinación á la parte principal de nuestro ser, so pena de romperse la armonía del compuesto, elemento primordial de su belleza.

5. Por aquí descubriréis, mis amados oyentes, la importancia de esa virtud que compone y modera los movimientos exteriores del cuerpo, como dice Santo Tomás¹, conforme á la calidad de la persona y de los negocios, lugares y tiempos, sin hacer cosa inconveniente que desdiga de la razón². Esta virtud es la modestia, la cual, según el Padre San Ambrosio, da hermosura á la vida³, cuanto más á la persona. Y ¡cómo no ha de ser hermosa aquella en quien toda la actividad de los sentidos y los demás movimientos del hombre exterior guardan la moderación y el decoro que con-

¹ S. th. 2, 2, q. 188, a. 102.

² *La Puente*, Tratado del estado religioso t. II, cap. 13.

³ S. *Ambros.*, De offic. lib. I, cap. 19.

viene al estado, condición, edad y sexo, según las sabias reglas de la prudencia! ¿No es éste un bellissimo concierto? ¿no es una delicada armonía entre la materia y el espíritu? Por esto el Esposo divino de las almas castas alaba tanto la modestia de la Esposa en los Cantares, exclamando: *¡Oh, cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres! Tus ojos son de paloma, de mirar sencillo y pudoroso*¹. *¡Cuán hermosos son tus pasos con el calzado de tus pies, hija del Príncipe!*² Porque es de advertir, hermanos míos, que esta compostura exterior obedece suave y naturalmente á otra interior composición y modestia del espíritu, que rige y gobierna los movimientos del ánimo á fin de que no haya en ellos nada desconcertado que ocasione desarreglo en lo de fuera. Y ¿quién no ve que el arrebato de las pasiones perturbadoras del corazón, ha de producir la alteración de las mismas facciones del rostro, deslustrando así la belleza corporal? No negaré que la expresión de los afectos sea una parte principal de la hermosura física, como que sin ella carecería de vida y de atractivo el conjunto más acabado de líneas y matices. Si la hermosura es una armonía viviente, según la definen graves autores de estética³, á la vida pertenece la expresión. Pero entiéndase que no todo linaje de vida constituye la belleza, sino la vida racional y virtuosa, que no la animal y puramente sensitiva. La expresión bella no es la de las pasiones innobles ó violentas que agitan el ánimo, á manera de huracanes tempestuosos, causando juntamente estragos en el rostro, donde ellas se pintan, como acontece á la ira, la envidia, el odio y cualquier otra no regida por la razón.

¹ Cant. 4, 1.

² *Ibid.* 7, 1.

³ Milá y Fontanals, etc.

Ved ahí cómo la modestia es un precioso elemento de belleza, por desgracia menos codiciado que otros puramente físicos.

6. ¡Cuál no sería, según estos principios, la hermosura corporal de aquella Virgen, nacida y concebida en pleno uso de razón y en el ejercicio actual de la más acendrada virtud! ¡Oh prodigio nunca visto, el de una niña recién nacida que gobierna ya con deliberación los movimientos del tierno y delicado cuerpecito! ¿Cuándo se vió la modestia mecida en la cuna? Pero ¿no era María la personificación de esta virtud, lo mismo que lo fué de la virginidad? ¿Quién, pues, acertará á describir esta modestia personificada? Bastará decir que fué la copia más exacta de aquella modestia indescriptible del Santo de los santos, Cristo Jesús, cuya modestia encarecida por el Apóstol á la par que su mansedumbre¹, competía con su admirable hermosura, siendo el más modesto, así como el más hermoso de los hijos de los hombres². Y ¿pudiéramos concebir de otro modo la hermosura de María que realzada y como engastada, á manera de inestimable joya, en el oro de su modestia virginal? No ensayaré, pues, el delinear aquella imagen que lleva estampada en el pensamiento todo cristiano que no carezca de sentido común, la imagen de la modestia más que angélica de aquella Virgen tan primorosamente formada por la mano del Altísimo³. Ella podía afirmar mejor que el santo Job, tan respetado por la modestia y gravedad de su persona: *Lux vultus mei non cadebat in terram*⁴, que la luz de su rostro

¹ 2 Cor. 10, 1.

² Ps. 44, 3.

³ S. Ambros., De virg. lib. 2. — S. Bern., Hom. 2 super Missus.

⁴ Job 29, 24.

no caía nunca en tierra; porque jamás dejó de estar iluminado el rostro de María con el resplandor de su modestia encantadora. Ni tuvo nunca por qué velar el semblante virginal, la que no hizo cosa capaz de empañar ú obscurecer su luz vivísima.

7. Aun tiene otra notable excelencia la virtud que vamos considerando, excelencia que resplandeció de particular manera en la Virgen Sacratísima, según observan los doctores¹. La modestia, al mismo tiempo que da realce á la hermosura, haciéndola celestial más que humana, sírvele también de correctivo rodeándola de una aureola de religioso respeto. Atended á esta sólida reflexión. La hermosura debiera levantar siempre nuestros corazones á la región de la infinita belleza, purificándolos y estimulándolos al amor de la virtud y á la práctica del bien. No sucede, sin embargo, así en la generalidad de los casos, y con la mayor parte de los hombres. ¿Por qué así, cristianos? Indudablemente por la corrupción de nuestro ser degenerado, por la propensión al mal que ha echado hondas raíces en nuestros sentidos². Pero aquí veo un fenómeno maravilloso producido por esta virtud; porque, si la hermosura incita al mal el corazón del que la mira, el fulgor de la modestia basta para enfrenar y reprimir la osadía del deseo. Sería preciso haber perdido todo sentimiento de decoro para no respetar una virtud defendida con el muro de la modestia virginal. La Virgen Santísima, dice Santo Tomás³, con ser hermosísima, era tan modesta, que los que la miraban, quedaban movidos y aficionados á la castidad, serenando en ellos las borrascas

¹ La Puente, Perfecc. religiosa t. II, cap. 13.

² Rom. 7, 17.

³ 3, dist. 3, q. 1, et 1, q. 1 ad 4.

de la tentación y comunicándoles el insigne don de la santa pureza. *Tanta erat eius gratia*, dice San Ambrosio, *ut non solum in se virginitatem servaret, sed etiam si quos viseret, integritatis insigne conferret*¹. Así levantaba María el don de la belleza física á la altura del orden primitivo, trastornado á consecuencia del pecado original.

8. ¡Pluguiera al cielo, piadosas Hijas de Nuestra Señora de Lourdes, que prendiera en todos vuestros corazones tanto amor y estima de la modestia de vuestra adorada Madre, que, por copiarla en vosotras mismas, renunciarais á cuanto el mundo os ofrece capaz de ofenderla ó deslustrarla! ¡Ah! ¡qué acepta y agradable á la Virgen y á la Iglesia sería vuestra devoción, si dieseis de mano para siempre á cierto linaje de usos y costumbres admitidas por la vida social moderna, que de ningún modo están en consonancia con el espíritu del cristianismo, tal como se revela en las enseñanzas apostólicas de que antes hice mérito! ¿Reina por ventura la modestia en las costumbres de nuestro siglo? ¿No podría decirse todo lo contrario? ¡Díganlo los teatros, los salones, los paseos! Ni el lujo desmedido y ruinoso, ni la vanidad llevada hasta la extravagancia, ni el afán de sobresalir en las reuniones, ni la libertad autorizada por lo que llaman trato de buen tono, ni otras cosas que sabéis, están en armonía con la sencillez, moderación y severidad exigidas por la ley del Evangelio; nada de esto se asemeja al divino modelo de la modestia de la Virgen nacida en Nazaret. ¡Que vuestra modestia, pues, sea de hoy más reconocida por todo el mundo! *Modestia vestra nota sit omnibus hominibus, Dominus enim prope est*².

¹ Lib. De inst. virgin. cap. 7.

² Phil. 4, 5.

II.

9. Pero la gloria de la belleza de la Hija del Rey no está cifrada solamente en lo que parece por de fuera, que mucho más hermoso que su rostro es el semblante de su alma¹. Y esta sobreexcelente y divina hermosura del alma de la Virgen, aunque sólo Dios es capaz de conocerla claramente, podemos también nosotros rastrearla en algún modo por la misma exterior composición, es decir, por su modestia. Y ¿quién hay, mayormente entre sus Hijas, que no anhele vivamente contemplar esta belleza interior de María, espejo de hermosura entre todas las criaturas? ¿Quién hay que no suspire por mirar al rostro de esta graciosa Sunamitis, y no le ruegue con las hijas de Sión: *Revertere, revertere, Sulamitis, revertere, revertere, ut intueamur te*²? Entrad, pues, el día de hoy por esa magnífica fachada del gran templo de Dios; contemplad esa modestia de María, y por ella penetraréis hasta el *Sancta Sanctorum* de su corazón, y allí veréis los tesoros de belleza en él depositados. Y ¿cuáles son estos tesoros sino las virtudes eminentes, reveladas por la modestia de su porte? Y, puesto caso que ellas son innumerables, é imposible tarea sería admirarlas todas una á una, fijémonos al menos en las joyas más brillantes que adornan y recaman el tocado de la Reina soberana.

10. Mirad primero esa perla finísima de su pureza virginal, más acendrada y preciosa que la misma pureza de los puros espíritus. ¡Oh pureza de María, digna de las miradas santísimas de un Dios! Con ella hirió María el corazón del celestial Esposo como con la luz

¹ Ps. 44, 14.

² Cant. 6, 12.

de sus ojos candidísimos¹; con ella le atrajo á su seno transformado en vergel de blancas azucenas², entre las cuales gusta Él de apacentarse y morar³. Porque, como la Bienaventurada María, dice San Crisóstomo, poseyese la castidad con una perfección que excede á toda la naturaleza humana, de ahí que concibiese en sus entrañas á Cristo Dios⁴. ¿Podemos imaginar nosotros qué grado de pureza de alma y cuerpo era necesario para llegar á ser tabernáculo animado de la Divinidad, siendo propia y verdadera madre de Aquel que es todo santidad, de Aquel que fué engendrado en el seno del Padre antes de toda criatura en medio de los esplendores de los santos?⁵ ¿Cuál será, por tanto, la belleza de aquel trono de luz en que descansó el Omnipotente? «¿Qué criatura más noble, dice San Ambrosio, que la Madre de Dios? ¿cuál otra más resplandeciente que la escogida por el resplandor del Padre? ¿cuál más casta que aquélla que sin mancha de cuerpo engendró un cuerpo?»⁶ «Virgen era, dice el mismo santo doctor, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma», por la pureza de sus afectos y pensamientos. Por eso la Iglesia ensalza á boca llena la pureza de María con cuantos títulos son imaginables, como de «Virgen de Vírgenes», «Reina de las Vírgenes», «Madre purísima», «Madre castísima», «Madre inmaculada» y mil otros, sin quedar nunca, al parecer, agotado su piadoso repertorio de alabanzas. Mas ¿cómo agotarse el ardor del entusiasmo cuando el objeto de él es realmente inagotable? Con

¹ Vulnerasti cor meum... in uno oculorum tuorum (Cant. 4, 9).

² Venter tuus... vallatus liliis (ibid. 7, 2).

³ Qui pascitur inter lilia (ibid. 6, 2).

⁴ Apud Metaphr. in Brev. Rom. ⁵ Ps. 109, 3.

⁶ De virg. lib. 2.

razón exclama el grandilocuente Agustino: «¡Oh santa é inmaculada virginidad de María! ¡no sé á la verdad con qué linaje de alabanzas ensalzarte!»¹ Y el melífluo San Bernardo: «¡Oh dichosa María cuya virginidad fué tan rara y maravillosa que, lejos de mancillarla, la acrisoló y honró la fecundidad!»² Ahora bien, mis amados oyentes, ¿cuál fué la guarda de esa purísima castidad de la Virgen, sino la modestia? Á tal tersura de alma ¿podía corresponder un exterior menos grave y digno, una actitud menos ordenada que la que se admira en esa modestísima doncella, perfumado *lirio de los valles*?³ Deducid de aquí, almas castas que aspiráis á formaros en la escuela de María, cuánta sea la importancia de la modestia para guardar y amparar la belleza espiritual de la santa pureza. La modestia, siendo su fruto propio y natural, es la expresión genuina y el mejor atavío de la virginidad. Difícilmente podría precaverse de mancha el alma derramada por los sentidos á las cosas exteriores, el corazón que, abriendo sus puertas, deja franca entrada á los enemigos de la virtud angélica.

II. Admiremos ahora aquella otra virtud excelentísima que da tanto realce á la hermosura espiritual de María, la humildad, la cual, en concepto de San Bernardo, no es menos digna de admiración que su pureza. Humildad especialísima, reflexiona el citado Padre, porque la prerrogativa de una virginidad fecunda, lejos de aminorar, como pudiera recelarse, le imprimió mayor grandeza. En efecto ¿qué humildad puede darse más perfecta que aquella que hizo conservarse en su bajeza

¹ Ecclesia in offic. parvo B. V. M.

² Hom. 1 de laudibus Virg. Matr.

³ Cant. 2, 4.

de criatura y condición de esclava del Señor á la que era elevada á la dignidad de Madre del Hijo del Altísimo? ¿Qué vientos de soberbia bastarían á derribar esta torre fortísima de la humildad de María? Desde el instante glorioso de su Concepción sin mancha hasta el punto mismo en que abandona la tierra para subir á los cielos en brazos de los ángeles, la Virgen humildísima no tiene otro cántico en los labios y en el corazón que el de su bajeza parangonada con la grandeza y magnificencia del Señor: *Magnificat anima mea Dominum... Fecit mihi magna qui potens est*¹. «¡Él solo es grande y poderoso! mi espíritu se anonada en su acatamiento: por más que Él sea mi hijo, yo no soy más que su esclava....» Humildísima tenía que ser aquella Virgen destinada para madre del que venía á enseñar al orgulloso mundo la humildad diciendo: *Aprended á ser mansos y humildes de corazón como Yo*². Es pensamiento del mismo San Bernardo³. Humildísima convenía que fuese la reparadora de nuestros primeros padres perdidos por la soberbia, la vivificadora de todos los hijos de Adán muertos por el veneno del orgullo. Y ¿no veis, cristianos, esa profundísima humildad retratada en el semblante modestísimo y en toda la apostura exterior de la Inmaculada María? No la contempléis ahora revestida de claridad entre los fulgores de la gloria: bajad la vista á la tierra, y mirad á la Madre de Dios peregrinando todavía por este desierto. ¿Qué veis en ella que no os revele su incomparable modestia? Oíd cómo la describe San Ambrosio, presentándola como espejo en que deben mirarse las doncellas cristianas: «Humilde de corazón, era mesurada

¹ Luc. 1, 46. 49.² Matth. 11, 29.³ L. c.

en las palabras, prudente en el ánimo y parca en el hablar, consagrada al estudio de los sagrados libros y aplicada al trabajo manual, despreciadora de las riquezas y dadivosa con el pobre, no buscaba al hombre sino á Dios por testigo de sus intenciones; á nadie supo ofender y á todos quiso hacer bien, huyó de la jactancia y practicó toda virtud.»¹ Ahí tenéis, Hijas de María, descrita magistralmente la verdadera humildad y su compañera inseparable, la modestia.

12. Nada diré de la dulzura, nada de la benignidad de aquel corazón que se refleja en la serena apacibilidad del continente maternal, ni de la grandeza del ánimo regulador y dueño de todos los movimientos de las potencias y sentidos, tal como aparece y se trasluce en el semblante de la dignísima señora. Quiero solamente, por conclusión, hacer que vislumbréis los seráficos ardores del corazón de la Esposa del Espíritu Santo, en esas huellas impresas en el ademán extático y continente arrobado de María. ¡Ah! ¿quién no advierte que el alma de esta Virgen ferventísima está derretida de amor como la Esposa al oír la voz de su Amado²? Porque cuando el alma, absorta en la contemplación por la violencia de la caridad, está como endiosada y fuera de sí misma, ¿cómo ha de estar naturalmente el cuerpo sino inmóvil, suspenso y en actitud semejante á la de los ángeles de Dios? ¿Qué nos dicen, pues, esos ojos de María dulcemente fijos en el cielo, sino que, como los bienaventurados espíritus, está mirando, inundada de gozo, la belleza arrobadora de su Dios: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*? ¿qué indican esos labios suavemente entreabiertos como

¹ S. Ambros. l. c. supra.² Cant. 5, 6.

de quien ora, y esas manos graciosamente entrelazadas contra el pecho y todo ese aire extático, sino que María está embelesada en el goce de las delicias del amor?¹

13. Y esto bastará para concluir, oyentes míos, que la modestia es el más hermoso ropaje de la Inmaculada Virgen. Por eso ha sido tan amada y practicada esa virtud por todos los santos, y principalmente por las vírgenes cristianas. Ella debe ser, pues, la joya más preciada de las jóvenes que se honran con el título de Hijas de María y tienen por Patrona á la que dijo en la gruta de Lourdes: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Esa virtud es el sello de las almas puras, de los corazones humildes y serenos, despreciadores de sí mismos y de las terrenas vanidades, henchidos plenamente de las dulzuras de su Dios. Tales deberían ser todas las jóvenes que aspiran á enaltecer la piadosa institución que tiene por principal objeto honrar é imitar la pureza de la Reina de las Vírgenes. Así sea.

DISCURSO RELIGIOSO PARA EL DÍA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

(pronunciado en la catedral de Bogotá, 1896).

La definición dogmática de la Inmaculada Concepción.

Reliquiæ cogitationis diem festum agent tibi.
Ps. 75, 11.

1. ¡Cuarenta y más años han transcurrido, y aun está fresca y palpitante en millares de almas la emoción de aquel gran día! ¡Fecha memorable del ocho de

¹ Deliciis affluens (Cant. 8, 5).

diciembre de 1854, cuántos recuerdos nos envías, perfumados con el timiama de la definición del dogma de la Concepción Inmaculada! España y América, que veneraron siempre á María como Patrona en el misterio de su purísima Concepción, saltaron entonces de júbilo, distinguiéndose entre todos los pueblos del catolicismo por la grandeza de su religioso entusiasmo. ¿Qué diré de Colombia y de su capital, para quien, como decía en aquella ocasión el Ilmo. Señor Don Manuel José de Mosquera, de santa y gratisima memoria¹, nada hay tan sagrado, después del culto del Señor, como la devoción á María Santísima en este dulcísimo misterio de su Concepción sin mancha? ¡Ah! No faltarán aquí mismo entre mis amados oyentes quienes, como testigos oculares, pudieran levantarse á referirnos lo que vió entonces Bogotá y Medellín y Cartagena y Popayán y todas las ciudades y los pueblos todos de esta vasta Provincia eclesiástica, con ocasión de la definición dogmática acogida con gozo incomparable, y celebrada con demostraciones nunca vistas de religiosidad en esta piadosísima nación, entonces más compacta que hoy, si no más fervorosa, en sus creencias y sentimientos religiosos. Jamás se vió mayor docilidad en los fieles para escuchar las palabras del Supremo Pastor, el cual terminaba la bula de la definición con esta calurosa exhortación paternal: «Oigan estas nuestras palabras todos los hijos de la Iglesia católica, para Nos tan queridos, y con más ardor que nunca, con mayor piedad y religión sigan honrando, invocando, implorando á la Bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María concebida sin mancha original, y acójense con toda

¹ Documentos para la biografía del Ilmo. Señor Mosquera t. I.